
S E R M O N

PARA EL DIA DE SAN JUAN

B A U T I S T A.

Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet de lumine.

Vino para servir de testigo, y para dar testimonio á la luz. *Joann. I. v. 17.*

DIOS solamente suscita á sus Santos para condenar al mundo, y quitarle todos los motivos de excusa; y el mundo solamente parece que subsiste para abusar de los exemplos de los Santos, ó para condenarlos. Es preciso que se cumplan las Divinas Escrituras, que el mundo vea siempre exemplos que le confundan, y que siempre condene todo lo que no se parece á él.

Es inútil el que Dios, para precaver todas las vanas excusas de los pecadores, manifieste diferentes gracias en sus Santos, y proponga al mundo en la variedad de sus dones diversos modelos de virtud; pero por mas distintos que sean sus caminos todos se parecen en una cosa, que es en condenar al mundo, y ser condenados por el mismo mundo á quien ellos condenan.

Nunca hubo testimonio mas propio, Católicos, para atraer á los hombres á la verdad, que el de
San

San Juan Bautista, cuya memoria veneramos en este día, y cuya solemnidad es hoy mas célebre por la devoción de las augustas personas que la honran con su presencia: (a) Fue este Santo el mayor entre todos los hijos de los hombres; el Angel del desierto profetizado en Isaías, que habia de disponer los caminos al Señor; un hijo de milagro, santificado en el vientre de su madre; Precursor del Mesías, Profeta del Altísimo, terror de los Fariséos, censor de los Reyes, y prodigio de toda Judéa. ¿Qué podia oponer el mundo á un testimonio tan admirable y tan propio para conciliar al mundo con la verdad, si pudiera amar el mundo lo que le condena?

Con todo eso, el mundo despreció á San Juan Bautista: su doctrina no halló mas que contradicciones; su exemplo, censuras; su penitencia, burlas; su celo, persecuciones; y el delito de su muerte fue el unico fruto que sacó el mundo del resplandor y santidad de su vida.

Esta es la suerte del mundo y de la virtud: Hoy, pues, intento manifestar una verdad tan importante y tan util para los que me oyen. El mejor modo de alabar á los Santos no es precisamente exaltar sus virtudes, sino manifestar que con ellas hacen inexcusables nuestros vicios. A los ciudadanos del cielo corresponde cantar las alabanzas de la gracia, y las maravillas que Dios ha obrado en ellos; y á nosotros hallar en su vida instrucciones que confundan los desordenes de la nuestra: sería inútil celebrar la gloria de sus acciones, si al mismo tiempo las estamos condenando con nuestro exemplo: Imitemosles, pues entre todos los elogios que podemos tributarlos, este es el unico á que pueden mostrarse agradecidos: Y así me conten-

(a) Este Sermón se predicó en Saux, en presencia del Duque, y Duquesa de Main.
Tomo VII. E

tentaré con proponeros hoy á San Juan Bautista condenando al mundo con el testimonio que dá á la luz y á la verdad; y á San Juan Bautista condenado del mundo por haber dado este testimonio. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

EN todos tiempos ha tachado el mundo las austeridades de los justos de excesos; su humildad de pusilaminidad y flaqueza; y su zelo de aspereza y locura. Esta fue la injusticia que experimentó San Juan Bautista. Por causa de estas tres preocupaciones se hicieron en otro tiempo inescusables los Judios; y hoy nos confunde á nosotros su vida por el mismo motivo.

¿Qué exemplos de austeridad no propone á los hombres, aunque fue santificado desde el vientre de su madre? No fue este Santo un pecador que entregado desde luego á la locura de las pasiones, casi inseparable de las primeras costumbres, fuese despues á expiar á los desiertos los excesos de una vida licenciosa: no fue un mundano que en la edad abanzada, cansado yá de las distracciones del mundo, é inhabil para los placeres, buscasse en el retiro un honroso descanso á su vejez, y no la expiacion de sus delitos: no fue un ambicioso que enfadado de las injusticias del mundo, y del olvido é indiferencia de sus Gefes, fuese á ocultar sus pesares en la soledad, mas para quejarse en ella libremente de los malos tratamientos del mundo, que para huir de su corrupcion y peligros: fue un justo en quien, por decirlo así, se anticipó la gracia á la naturaleza; que llevó al desierto, no aquellas caídas de que suele Dios valerse muchas veces para formar penitentes, sino aquellas puras virtudes con que pre-

previene á sus escogidos quando quiere coronar la inocencia.

Con todo eso, miradle en los desiertos de Judéa, en las riberas del Jordán, y de la Corte de Herodes. ¿Qué espectáculo de penitencia y de propia abnegacion no propone á toda la Judéa? La diferencia de los lugares nada muda en la austeridad de sus costumbres; siempre vestido con una piel de Camello; manteniendo escasamente, con un poco de miel silvestre, la debilidad de la naturaleza; y animado con el espíritu y virtud de Elías, se manifiesta al mundo como un nuevo prodigio, que tan presto excita su admiracion como sus censuras: pero de nada le sirve este espectáculo, porque el mundo no alcanza cómo puede haber quien no se le parezca: y todo quanto le condena, mas le parece impostura inventada para engañar á los simples, que modelo que se propone para confundir á los pecadores.

Y á la verdad, ¿qué impresion hace en el espíritu de los Judios la vida y ministerio del Precursor? Los avisa que ya está la segur al pie del árbol; que está para manifestarse la Divina Justicia contra los delitos de la Synagoga; y que si no hacen penitencia todos perecerán: les manifiesta el Cordero de Dios, que es el que unicamente puede lavar sus manchas, y las de sus Padres; aquel Cordero prometido desde el principio del mundo, á quien esperaba la Judéa como el único remedio que la disponia el Señor para formar un pueblo nuevo y santo. Esta amenaza no la hace solamente á los Sacerdotes y Doctores, sino tambien á los Grandes de Jerusalén; á los Saducéos que se preciaban de hombres entendidos, y que miraban las amenazas de la fé como terrores vanos y populares; á los Soldados y á sus Gefes, en la Corte de Herodes, y en presencia de lo mas grande y augusto de Palestina: este es el unico medio que los pre-

pone para libertarse de la Divina venganza. El mundo le oye, el mundo le admira, el mundo corre en su seguimiento, el mundo se atemoriza con la santidad de su doctrina, pero este mismo mundo no le cree, y permanece siempre tranquilo en su ceguedad é impenitencia: los Fariseos prosiguen siendo hypocritas y soberbios; los Saducéos continúan en sus sensualidades y blasfemias; y el pueblo nada muda en sus costumbres: la Corte de Herodes prosigue siendo trono de la luxuria, y asilo de adulteros é incestuosos. ¿Pues cómo he de poder yo persuadirme á que unas verdades, que en boca del mayor entre los hijos de los hombres no fueron mas que como un metal que suena, hayan de ser en mi boca mas eficaces y felices?

¿Qué estilo tan nuevo es el de la penitencia para un mundo que no la conoce, para unas almas que están persuadidas á que solamente han nacido para el regalo de los sentidos, y para las que apenas bastan todos los deleytes juntos? ¿Qué obstaculos! ¿Qué pretextos! ¿Qué inconvenientes no opone el mundo á esta obligacion! No los ignoro, Católicos, y sería inutil el repetirlos aquí, pues ya los he impugnado muchas veces desde este christiano pulpito. A la verdad, amados oyentes míos, ¿en qué os fundais para escusaros de esta obligacion? ¿Os fundais acaso en que vuestra vida no ha sido tan culpable, que tengais necesidad de reduciros á una sincéra penitencia? Pero aun quando esto fuera cierto, mirad al Bautista, que santificado antes de nacer, no se atreve á éximirse de esta ley: ¿Pero ah! Ojalá pudierais alegarnos por excusa la inocencia de vuestra vida; yo os acompañaria á dar gracias al Dios Omnipotente y misericordioso, porque os habia libertado de la corrupcion general, y dejaria á la gracia, que os habria preservado desde vuestra infancia, el cuidado de asegurar y perfeccionar

nar su obra. No tendria necesidad de instruiros acerca de vuestras obligaciones: El Espíritu de Dios, que habitaria en vosotros, os enseñaria todas las verdades. ¿La inocencia de vuestra vida? ¡Ah! ¿Tendreis acaso valor para acordaros de ella? Una vida en que cada uno de sus dias está señalado con distintos delitos: una vida, cuyos abismos no os atreveis vosotros mismos á examinar, y en la que el inmenso cahos de iniquidades y culpas en que estais sepultados, há tanto tiempo que os tiene separados del tribunal de la reconciliacion y penitencia: una vida que os hace temblar quando quereis examinar su confusion y sus tinieblas: una vida en la que Dios, Autor de vuestro sér y de vuestros talentos, nunca ha hallado un solo instante para sí; y en la que acaso no os habeis acordado de su Magestad, sino para insultarle con vuestras burlas y blasfemias: una vida de la que podeis decir con mucha mas razon que Job: Perezca el dia en que nació; borrese del libro de los vivientes el desgraçado instante que vió empezar una carrera tan abominable é impura. *Pereat dies in qua natus sum.* (a) ¿Qué mas diré? Una vida que acaso no tiene semejanté; y en la que son tantos los secretos horrores con que está manchada, que puede ser no haya tenido exemplo en los siglos anteriores, ni le tenga en los siguientes.

Acaso alegareis tambien por excusa la debilidad de vuestra salud: ¿Pero cómo usais de ella para los placeres? ¿Qué violencias no os haceis por el mundo, por vuestras pasiones, por vuestros antojos, y por vosotros mismos? ¿No dais á entender que sois Heroes quando os es preciso violentaros por la fama, por la amistad, por la fortuna, ó por vuestros Principes? ¿Qué valor, por no decir qué furor manifestais quan-

(a) Job 3. v. 3.

do es el mundo el que os llama, quando os anima la ambicion, quando os mueve el deseo de agradar? ¿Qué no puede con vosotros una vana distincion? ¿Cuidais entonces de una salud que no puede resistir á vuestras continuas inquietudes, ni de un cuerpo que se deshace, por decirlo así, con el peso de vuestros deleytes y errores? Además de que muchas veces se os ha dicho: *Que el Reyno de Dios está dentro de vosotros:* (a) Dios no os pide la fuerza del cuerpo, sino la mudanza de vuestras almas, el que ceseis en vuestras culpas; y en un cuerpo enfermo pide á lo menos los gemidos de un corazon contrito y humillado. El mundo desprecia á los que no son á proposito para sus placeres; no los sufre en el numero de sus adoradores, y aun insulta su obstinacion y locura, quando no estando ya en estado de agradarle quieren todavía seguirle. Pero el Señor clemente y misericordioso gusta de recibir en su seno aun aquellos á quienes desprecia el mundo; siempre nos halla hábiles para servirle; siempre á proposito para amarle, para llorar nuestros delitos, y para implorar sus eternas misericordias: es aquel padre de familias, siempre amoroso y compasivo, que manifiesta una estrema alegría quando vé volver á un hijo perdido, aunque no conozca ya en él señal alguna de su nobleza, y de su antiguo origen. ¡O Dios mio! ¿es posible que hayais de ser tan fácil para recibir al pecador, y que éste se haya de manifestar tan tardo y perezoso en convertirse á Vos!

Finalmente, puede ser tambien que fiados en esta afabilidad con que Dios recibe siempre al pecador arrepentido, dilateis vuestra penitencia para mas adelante, y que os prometais que en lo sucesivo hallareis para vuestra conversion unas facilidades que no hallais ahora: Es verdad que Dios siempre recibe al pecador que se con-

(a) *Luc. 17. v. 21.*

vierte á su Magestad; ¿pero quién os asegura de que llegareis á aquel dia que os señalais, y no os sorprenderá la muerte en medio de la carrera de esos años, que todavía teneis destinados para el mundo y para las pasiones? ¿Quién os ha asegurado que Dios mudará vuestro corazon quando hayais llenado la medida de vuestros delitos, y que á fuerza de irritarle, dilatando vuestra conversion, y continuando en vuestros desordenes, os le habeis de hacer propicio? ¿Quién os ha asegurado que estando entonces mas arraigadas vuestras pasiones, se arrancarán mas facilmente de vuestro corazon, y que la misma antigüedad de vuestras heridas, que las hace siempre mas incurables, será entonces remedio para ellas? ¿Quánto tiempo há que os estais engañando con estos vanos proyectos de conversion? ¿Habeis roto desde entonces ni una de vuestras cadenas? ¿Habeis dado ni un solo paso para acercaros á Dios? ¿Qué otro efecto han producido todos esos vanos proyectos de arrepentimiento, sino el tranquilizaros mas en los delitos? ¿Hay por ventura algun pecador impenitente que no desee mudar de vida? ¿Hay alguno que viva resuelto á morir en pecado? ¿Qué otra cosa es la impenitencia mas que un deseo inutil de conversion, que calma nuestros remordimientos, y que nunca desata nuestras cadenas?

¡O Dios mio! si yo hubiera renunciado vuestra fé, y la esperanza de vuestras promesas, como el impío, sería funesta mi tranquilidad, pero no sería tan extraordinaria: pero á mí, Señor, que aun tengo un corazon, en el que todavía conserva vuestra mano misericordiosa aquellos primeros pensamientos de religion que no han podido borrar mis delitos, ¿qué es lo que me puede sossegar en mis desordenes? Bien conozco, Señor, que os ofendo; deseo salir de un estado tan funesto y culpable; mil veces me digo á mí mismo que solamente he sido hecho para Vos; y los disgustos del mundo y de las pasiones me hacen experimentar todos los dias, muy á mi costa, que

que Vos solo, ¡ó Dios mio! sois la paz, y la unica felicidad de vuestras criaturas. ¿Pues qué encanto es, Señor, el que me detiene y aprisiona? ¿Me habeis acaso abandonado para siempre? ¿Los deseos de salvacion que me inspirais, son acaso para hacerme mas culpado por la resistencia que opongo á ellos? ¿Han de ser vuestros auxilios armas que dispone contra mí el rigor de vuestra justicia, y no felices presagios de mi eterna salud?

De este modo condena al mundo la penitencia del Bautista. Pero sus abatimientos son tambien para el mundo otro nuevo motivo de condenacion. Atended bien á todas sus circunstancias. Confiesa que Jesu-Christo es mayor que él; y aunque esta era una confesion debida á la verdad y á la justicia, declara tambien al mismo tiempo que no era digno de ser siervo suyo; y esto en una ocasion en que la multitud de pueblo que se habia juntado ácia las riberas del Jordán le miraba como á Christo, y estaba pronto á tributarle los respetos debidos al Mesías; en una ocasion, en que el mismo Jesu-Christo mezclado entre la multitud vá á recibir el Bautismo de sus manos, y quando con esta accion parece que quiere sujetarse como uno de sus discipulos á su doctrina y ministerio. No hay cosa mas grande, ni mas digna de admiracion, que el humillarse en medio de los aplausos que nos ensalzan, y no solamente no atribuirse los honores que nos tributa el error público, sino conocerse tambien indignos de aquellos que se nos deben. Finalmente, no se contenta con asegurar que no es Christo, sino que ni aun se atreve á llamarse Profeta, siendo mas que Profeta; se contenta con llamarse Voz del que clama en el desierto, quiere disminuirse para que Christo crezca, y se vale de su fama y sus talentos solamente para manifestar la gloria del Mesías que viene á anunciar á la tierra. Pocas veces sucede, aun en los mas santos ejercicios, y en los dones mas resplandecientes que hemos recibido de Dios, el que atribuyamos solamente á su Magestad toda la gloria, sin reservar nada para nosotros mismos. Exa-

Examinemos, pues, todas las circunstancias de la humildad del Bautista, y hallaremos en ellas notadas y confundidas todas las señales de nuestra soberbia.

Primeramente; dá gloria á la verdad y á la justicia, conociendose inferior á Jesu-Christo; y nosotros, no obstante aquellas flaquezas de que interiormente nos avergonzamos, no obstante el vacío y la nada que hallamos en nosotros, lo que es causa de que siempre nos seamos molestos á nosotros mismos, y de que á todas partes nos acompañe la molestia, el disgusto, y el horror, por decirlo así, queremos con todo eso engañar al público, y hacer que nos tenga por lo que no somos en la realidad: queremos que los hombres piensen de nosotros lo que no nos atreveriamos á pensar nosotros mismos; y la mayor injusticia consiste en que á todos los que nos niegan aquellas qualidades que no tenemos, y las alabanzas que no merecemos, y que juzgan de nosotros como interiormente juzgamos nosotros mismos, los aborrecemos, los desacreditamos, los imputamos á delito la equidad de sus juicios, y parece que los echamos la culpa de nuestras miserias y flaquezas; tal es la injusticia de nuestra soberbia.

En segundo lugar; el Bautista quiere disminuirse para que Jesu-Christo crezca, pone su verdadera grandeza en ocultar lo eminente de sus títulos, no piensa mas que en publicar la gloria del Mesías, á quien venia á anunciar: La humildad solida es grande y magnanima, y la soberbia siempre es vil é infame: y así nosotros no nos contentamos con querernos atribuir los talentos y virtudes que no tenemos, sino que disputamos tambien á los demás los que en ellos se hallan; parece que su reputacion nos abate, que se nos priva de las alabanzas que se les tributan, y que los honores que ellos reciben, son injusticias que se hacen á nosotros mismos. Somos incapaces de grandeza de animo, de virtud, y de generosidad, y así no podemos sufrir en los demás estas prendas; hallamos manchas en lo

que todo el mundo admira virtudes: aunque vemos que el Bautista se disminuye para que Jesu-Christo crezca, parece que nosotros no podemos crecer y elevarnos, sin que los demás se disminuyan: el merito nos ofende y nos turba, y no queriendo deshacernos de nuestros vicios, quisiéramos poder quitar á los demás sus mismas virtudes; tal es la vileza de la soberbia. Finalmente, el Bautista no se vale de lo prodigioso de sus dones y talentos sino para emplearlos en gloria de Jesu-Christo: no quiere que brille en él ni un solo rayo; reusa hasta el titulo de Profeta: Yo no soy, dice, mas que la voz del que clama en el desierto, un organo y un vil instrumento en manos de aquel Señor que me anima, y me hace hablar. El agradecimiento es una qualidad inseparable de la humildad; todo lo ordena á aquel de quien todo lo recibe: ¡Ah! y nosotros solamente nos valemos para nuestro provecho, y aun muchas veces empleamos contra el mismo Señor todos los dones y talentos con que nos ha enriquecido: nos valemos de los talentos de nuestro ministerio para adelantar nuestra fama, para tener recomendacion con los Grandes y poderosos, para adquirir credito y estimacion en el mundo, para ganar á los pecadores para nosotros, en vez de ganarlos para Dios; y para aumentar nuestra reputacion, en vez de aumentar el reyno de Jesu-Christo; el don de la ciencia y de la doctrina, le empleamos en motejar de ignorantes á todos los que no piensan como nosotros, en creer que á nosotros solos nos ha tocado en patrimonio la ciencia y la prudencia, en no querer seguir los caminos llanos y comunes, en procurar muchas veces distinguirnos con singularidades, que siempre son peligrosas en la doctrina, en mover disputas que mas sirven para escandalizar á los fieles, que para aclarar los Mysterios de la fé; finalmente, en turbar la Iglesia, en vez de sostenerla y defenderla. Tal es la injusticia, la vileza, y la ingratitud de la soberbia; circunstancias todas, que son inseparables de ella, y que están condenadas por las señales propias de la humildad del Bautista. M Pe-

Pero su zelo nos ofrece tambien suficientes motivos de condenacion contra el mundo: Hablo de su zelo, porque fue un zelo prudente; no se quejaba mas que de los abusos; á cada uno proponia solamente las obligaciones propias de su estado; á los Sacerdotes la caridad y el desinterés; á los Phariseos la humildad, la rectitud de corazon, y el horror á la hypocresía; á los Soldados, que se abstuviesen de los excesos, de los hurtos, y de las violencias; á Herodes la santidad del lecho nupcial, y el horror al escandalo, y á las resultas de la incontinencia; y á todos la penitencia, y la propia abnegacion; á esto ciñe precisamente su ministerio; no intenta mas que el que su zelo sea util; no quiere ser admirado, quiere sí que todos se arrepientan; no se precia, como los Phariseos, de una excesiva severidad, y de imponer á los demás un pesado yugo, sino que se contenta con llevarle él mismo, y con proponer á todos las reglas comunes de la ley.

No obstante, este zelo, aunque tan humilde y prudente, no dexa de ser intrépido. No respeta ni clases, ni dignidades, ni los errores mas acreditados: ni á los Phariseos tan venerados del pueblo por la falsa apariencia de santidad; ni á los Ancianos de Jerusalén, tan temibles por su autoridad; ni al mismo Herodes, tan distinguido por la magestad de su puesto, y por el esplendor de su corona; presenta valerosamente la verdad á los pies del trono, adonde pocas veces suele llegar; en vez de aplacarle los alhagos y favores de Herodes, solo sirven de avivar la intrepidez de su zelo; cree firmemente que es mas deudor de la verdad á un Principe que tanto le honra; no fue á su Corte en busca de sus favores y gracias, sino para hacerle digno de los favores del cielo. El que nada desea, nada teme; el que solo intenta edificar, y no agradar, nada oculta, y nada disimula; desde luego le dice con entereza: *Non licet*: No te es licito; el trono puede defenderte contra la severidad de las leyes humanas, pero no te hace superior á la ley de Dios; tu poder te

lo hace todo posible, pero no puede hacer que sea inocente lo que Dios condena: en tí es mucho mas grave la culpa, porque no puedes ocultarla á la vista del publico, y añades á ella el inevitable delito del escandalo. *Non licet*; en una palabra, el Bautista se opone al vicio, y le confunde en qualquiera parte en que le halla: no conoce aquellos tímidos respetos que condescienden con la culpa en favor del pecador, y que miden su zelo, no por la naturaleza de los desordenes, sino por la clase y dignidad de los culpados.

Pero no os parezca que la intrepidez de su zelo no estuvo acompañada de caridad y prudencia; porque solamente la prudencia y la caridad aseguran el buen exito del zelo; quando digo la prudencia, no hablo de aquella prudencia de la carne, que no es mas que una culpable timidéz, que atiende mas á lo que la parece que debe á los hombres, que á lo que debe á la verdad; sino de aquella prudencia del Espiritu Santo, que condena el vicio sin ofender al pecador; que mas piensa en ganarle que en confundirle; y que sin respetar á la culpa, sabe usar de respetos con el culpado. Quando hablo de la caridad, no hablo de aquella condescendencia lisongera y humana que todo lo escusa, que solamente pone aceyte sobre una llaga inveterada, quando debiera aplicarla el yerro y el fuego; y que dexando al enfermo muy contento del Médico, le dexa aun mucho mas contento con su estado, y consigo mismo; hablo de aquella caridad fervorosa y compasiva que sufre al enfermo, pero que no sufre ni disimula el mal; que aunque no dexa de curar las heridas, sabe hacer amables los remedios; que estudia los tiempos y los instantes; que toma todas las figuras, que mezcla el agrado con la severidad; que junta la oración á la doctrina; y que olvidandose de sí misma, de nada se olvida en que pueda ser util al proximo.

Qué raras veces se encuentran todas estas circunstancias en el zelo de aquellas personas que hacen profesion de

la virtud. Nuestro zelo es muy perspicaz, esto es, vemos clara y distintamente los defectos de nuestros proximos, ninguna de sus flaquezas se nos oculta, adivinamos las que no vemos, ponderamos las que no se manifiestan, pronosticamos las que todavia no han sucedido: nuestra vanidad se sustenta, por decirlo así, con sus imperfecciones; con pretexto de que nuestra vida parece estar consagrada á la virtud, hacemos alarde de condenar todo lo que no se parece á nosotros: nuestros ojos son de linice para vér lo que debiera ocultarnos la caridad, y nunca volvemos la vista á nosotros mismos; no vemos nuestras flaquezas, que tanto deshonoran á la virtud: ignoramos nuestro genio, nuestros antojos, y nuestras altanerias, que son causa de que tengan que padecer todos los que nos tratan: Servimos de luz á los demás, y somos tinieblas para nosotros mismos.

Nuestro zelo es intrepido, pero al mismo tiempo que somos tan severos en orden á la conducta de aquellos á quienes no amamos ni tememos, porque son inútiles ó contrarios á nuestros fines, á nuestros intereses, ó á nuestro modo de pensar, nos conformamos con los que nos pueden ser utiles, ó que piensan como nosotros; en ellos todo lo escusamos, y aun solemos dar á sus vicios los nombres y elogios de la virtud; nuestro interés es el que unicamente decide de nuestro zelo; y en vez de hallar sus errores remedio en nuestra sinceridad, hallan nuevo escollo en nuestras adulaciones y condescendencias.

Solamente en esto es prudente nuestro zelo, pero esta es una prudencia interesada y carnal; porque por otra parte, el zelo prudente no estiende sus censuras y consejos á aquellas personas que no ha sujetado la Providencia á su autoridad; no reprehende ni censura á aquellos de quienes no es responsable; no se forma de una falsa virtud un imperio tyranico sobre sus proximos; no intenta instruir, y corregir á aquellos á quienes solamente debiera edificar; no hace publico lo que apenas es licito decir muy en